

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 10

MADRID 23 DE ABRIL DE 1908

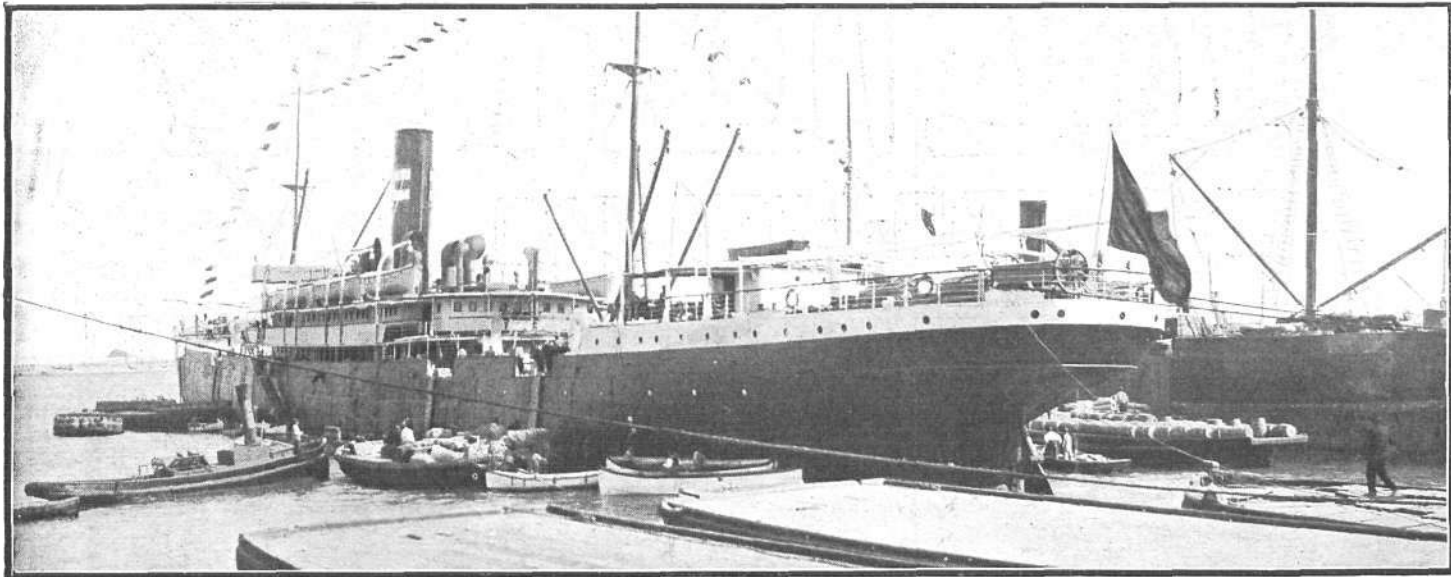
AÑO 1



MADRID. LA COMUNION PASCUAL DEL REY

Fot. Goni

S. M. DON ALFONSO XIII AL SALIR DE LAS CALATRAVAS, DESPUÉS DE RECIBIR LA COMUNIÓN PASCUAL CON EL CAPÍTULO DE LAS ÓRDENES MILITARES



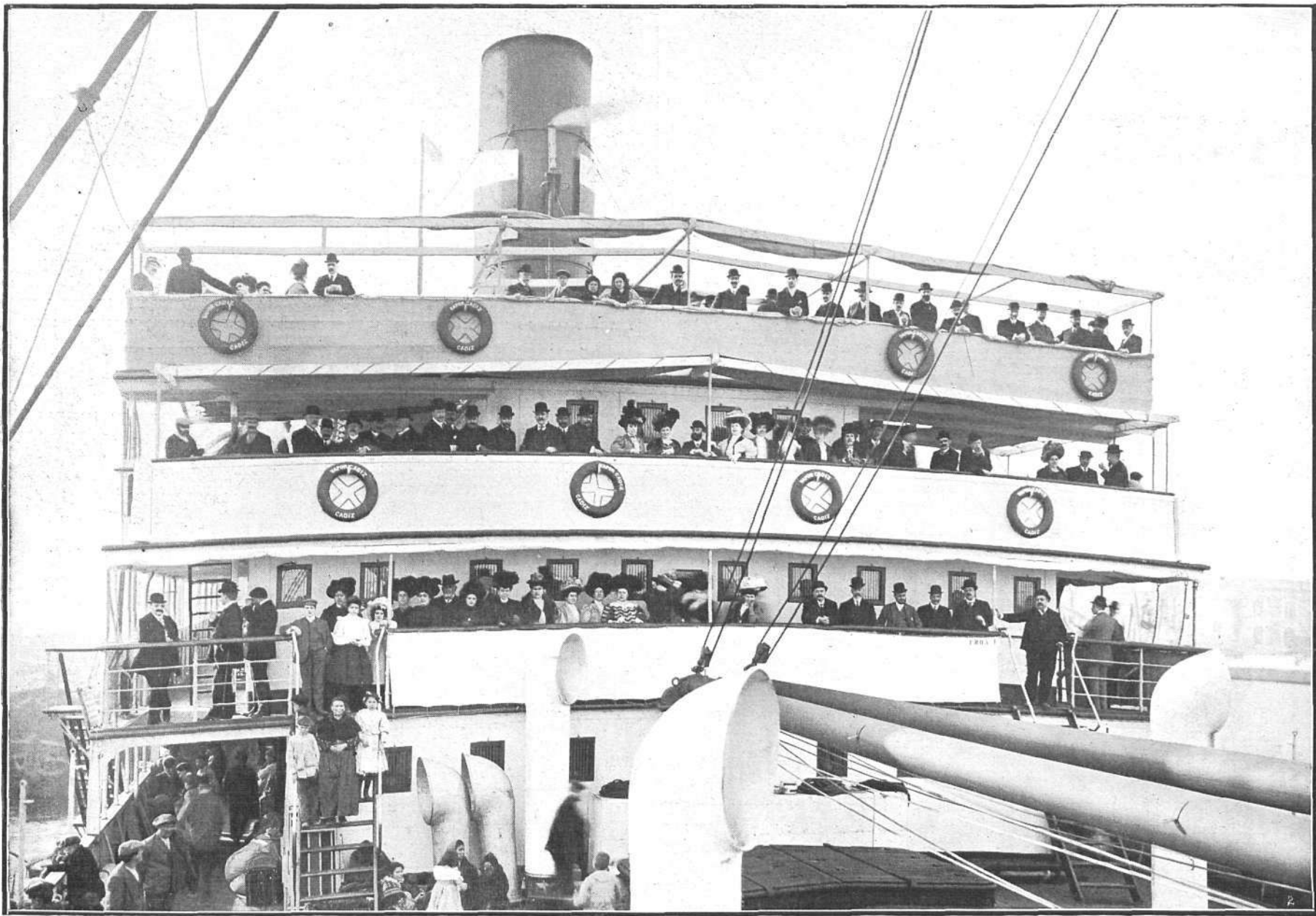
EL TRANSATLÁNTICO ESPAÑOL «CÁDIZ» EN SU PRIMER VIAJE

Ha visitado el puerto de Valencia en su primer viaje, el magnífico vapor transatlántico *Cádiz*, que acaba de ser construido en los astilleros de C. Connell y C.º, de Glasgow, con destino á la casa naviera que ha establecido la nueva línea del Brasil.

Este buque ha costado 75.000 libras esterlinas; tiene el casco de acero con doble fondo celular; mide 416 pies ingleses de eslora, 53 de manga y 31 de puntal, con una capacidad para carga en sus bodegas de 378.500 pies cúbicos ingleses y un total de tonelaje á la línea del Lloyd, de 7.800. Desplaza 5.436 toneladas.

Sus máquinas construídas en los talleres de D. Rowan et C.º, de Glasgow, con todos los modernos adelantos, y son de sistema vertical, triple expansión y 4.500 caballos de fuerza. El *Cádiz* posee tres grandes calde-

NUEVA LINEA DE VAPORES



VALENCIA. LOS CONCURRENTES A LA INAUGURACIÓN DEL «CÁDIZ». EN LOS PUENTES

ras, con 15 hornos, y sus carboneras tienen una capacidad de 2.760 toneladas.

Para casos de salvamento posee nueve botes, seis de ellos salvavidas, provistos de todo lo necesario, de conformidad con las reglas del Board of Trade.

Para facilitar las operaciones de carga y descarga de sus cuatro grandes bodegas tiene cinco escotillas con siete maquinillas y ocho puntales con bozas de moderno sistema.

El cuarto de derrota, situado en el puente alto de guardia, contiene todos los aparatos náuticos necesarios, telégrafo de banderas y cuadro de distribución eléctrica para las luces de situación.

Para celebrar la llegada al puerto, invitaron los consignatarios á las autoridades todas y demás personas distinguidas de Valencia, que fueron obsequiadas con un exquisito lunch, servido después de una detenida visita á todas las dependencias del buque, modelo de confort y de construcción de su género.



VALENCIA. GRUPO DE INVITADOS A LA INAUGURACIÓN DEL TRANSATLÁNTICO «CÁDIZ»

Fots. Barberá



UNA ACRÓBATA DE LA «TROUPE» BALTON



MISS CASHMORE



UNA ACRÓBATA DE LA «TROUPE» BALTON



MISS BLESSINGS Fot. Alba



PEPITA VILL

Brillantemente, como todos los años, se inauguró el sábado de Pascua de Resurrección la temporada gimnástica y de *variétés* en el circo de Parish. Figuran en la compañía muchos artistas de los más distintos géneros, y algunos de ellos notabilísimos, que han de llevar á todo Madrid al coliseo de la plaza del Rey sólo por verlos. El público, que era numerosísimo, aplaudió las habilidades de que la compañía hizo gala, y monsieur Parish y su hijo Leonard, verdadera alma del negocio, recibieron muchas y muy expresivas felicitaciones. Publicamos en la presente página las fotografías de algunos de los artistas de Parish que más han llamado la atención.

MADRID. INAUGURACION DE LA TEMPORADA EN EL CIRCO DE PARISH



EL EXCÉNTRICO GROCK



LA NOTABILÍSIMA «TROUPE» LE ROY, DESCO Y TALMA

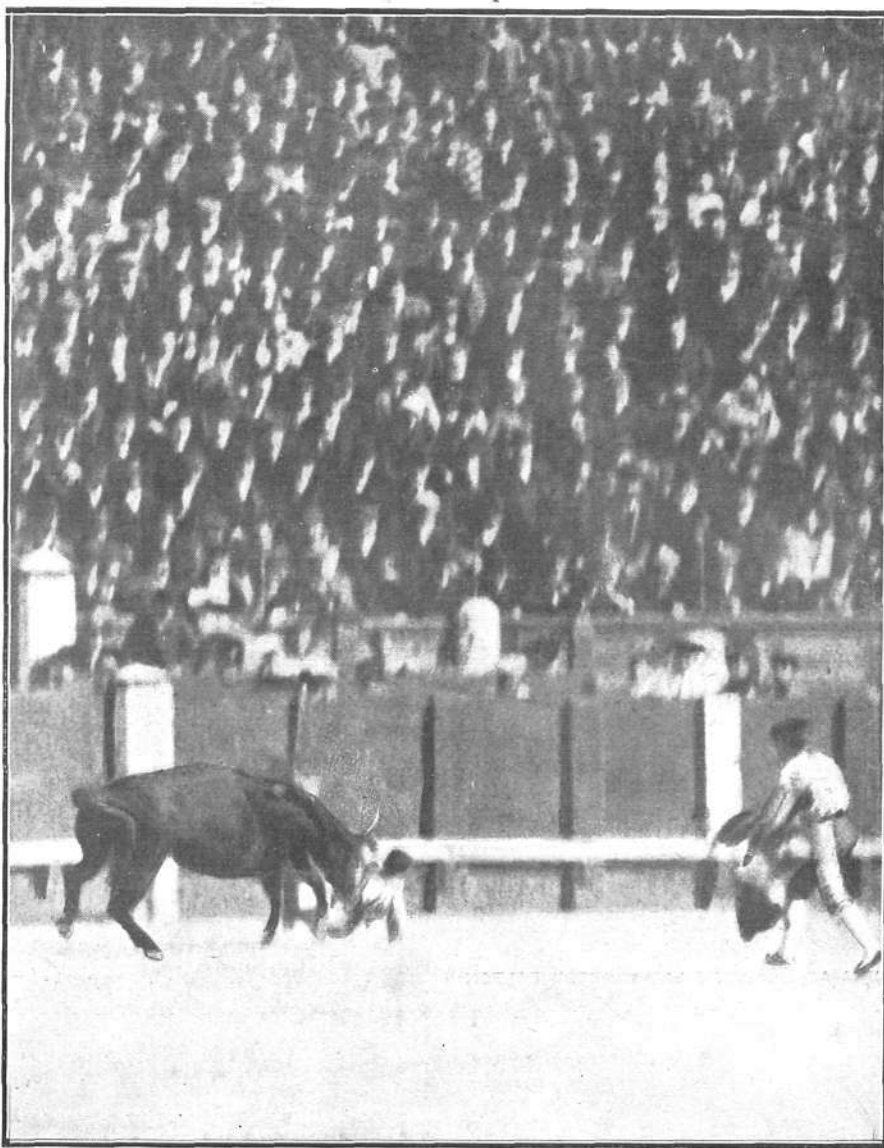
Fot. Gerlach



EL AUGUSTO «CYERILLO»



MADRID. UNA ESCENA DEL DRAMA DE GUIMERÁ «LA ARAÑA». LOS PROTAGONISTAS
SRA. GUERRERO Y SR. DÍAZ DE MENDOZA Fot. Cifuentes



MADRID. COGIDA DE RICARDO TORRES «BOMBITA» POR EL PRIMER TORO
DE LOS LIDIADOS EN LA PRIMERA CORRIDA DE ABONO Fot. Goñi

MISCELANEA DE ACTUALIDADES



EL LEADER SOCIALISTA
PABLO IGLESIAS Fot. Company

De varios de los asuntos más salientes de esta semana damos información en la página presente, en la cual figuran los retratos de nuestro querido amigo y compañero D. Carlos Luis de Cuenca, mantenedor de los Juegos florales de Murcia; de los señores D. Roberto Castrovido y D. Pablo Iglesias, sometidos á Consejo de guerra por delitos de imprenta, é instantáneas del drama de Guimerá *La araña*, estrenado en el teatro Español la noche del beneficio del primer actor y director de la compañía Sr. Díaz de Mendoza; de la aparatosa cogida que sufrió *Bombita* en la primera corrida de abono de la temporada,

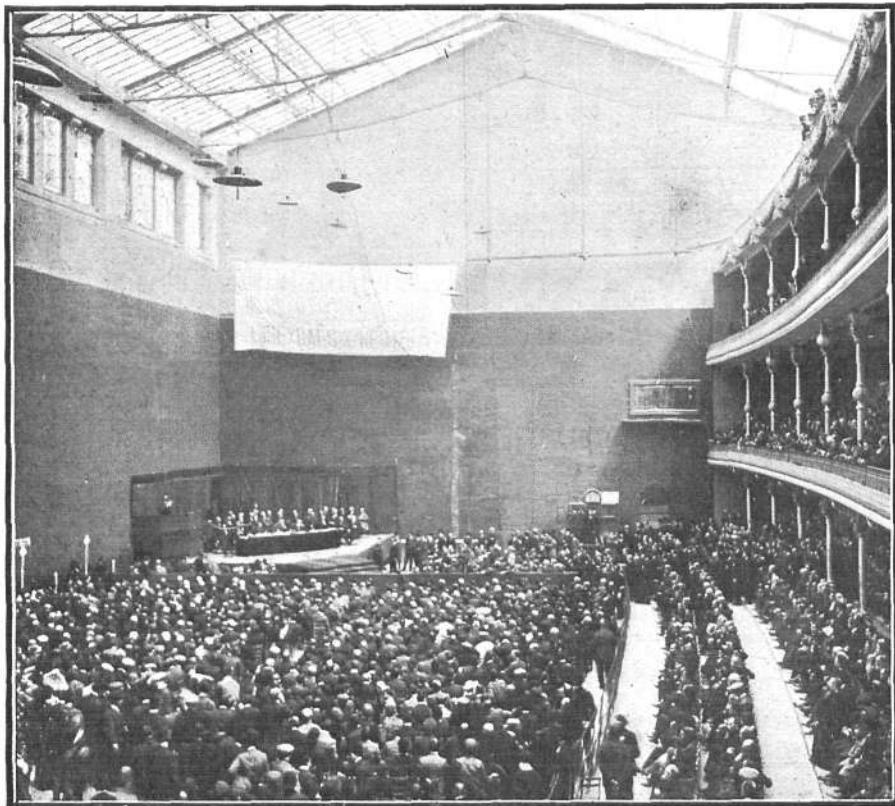


MURCIA. D. CARLOS LUIS DE CUENCA
MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES

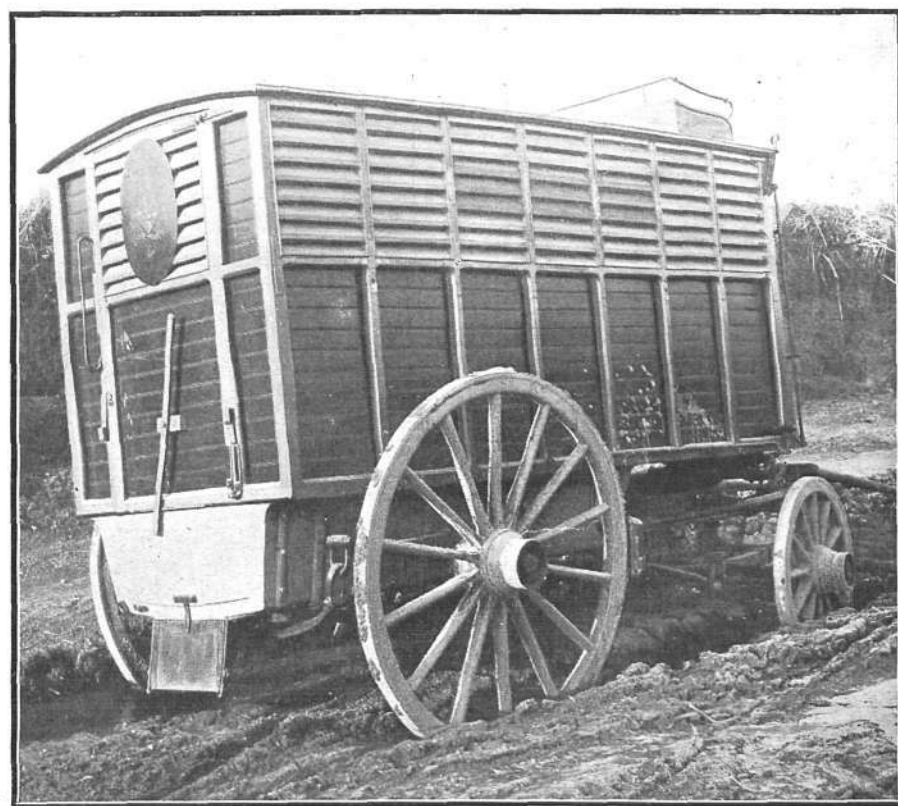
que se verificó el lunes último, y en la cual sólo pudo lidiar el primer toro, pues las contusiones que éste le ocasionó le obligaron á retirarse del ruedo y en seguida á marcharse á Sevilla, donde permanecerá hasta su total restablecimiento, que por fortuna parece cosa de pocos días; de las fiestas celebradas en la Escuela de reforma de Santa Rita, donde los corrigendos organizaron un brillante simulacro de torneo, y del mitin verificado en el Frontón Condal de Barcelona para protestar contra el llamado presupuesto de cultura, en el cual estuvieron representadas 180 Sociedades católicas, presidiendo el marqués de Camps.



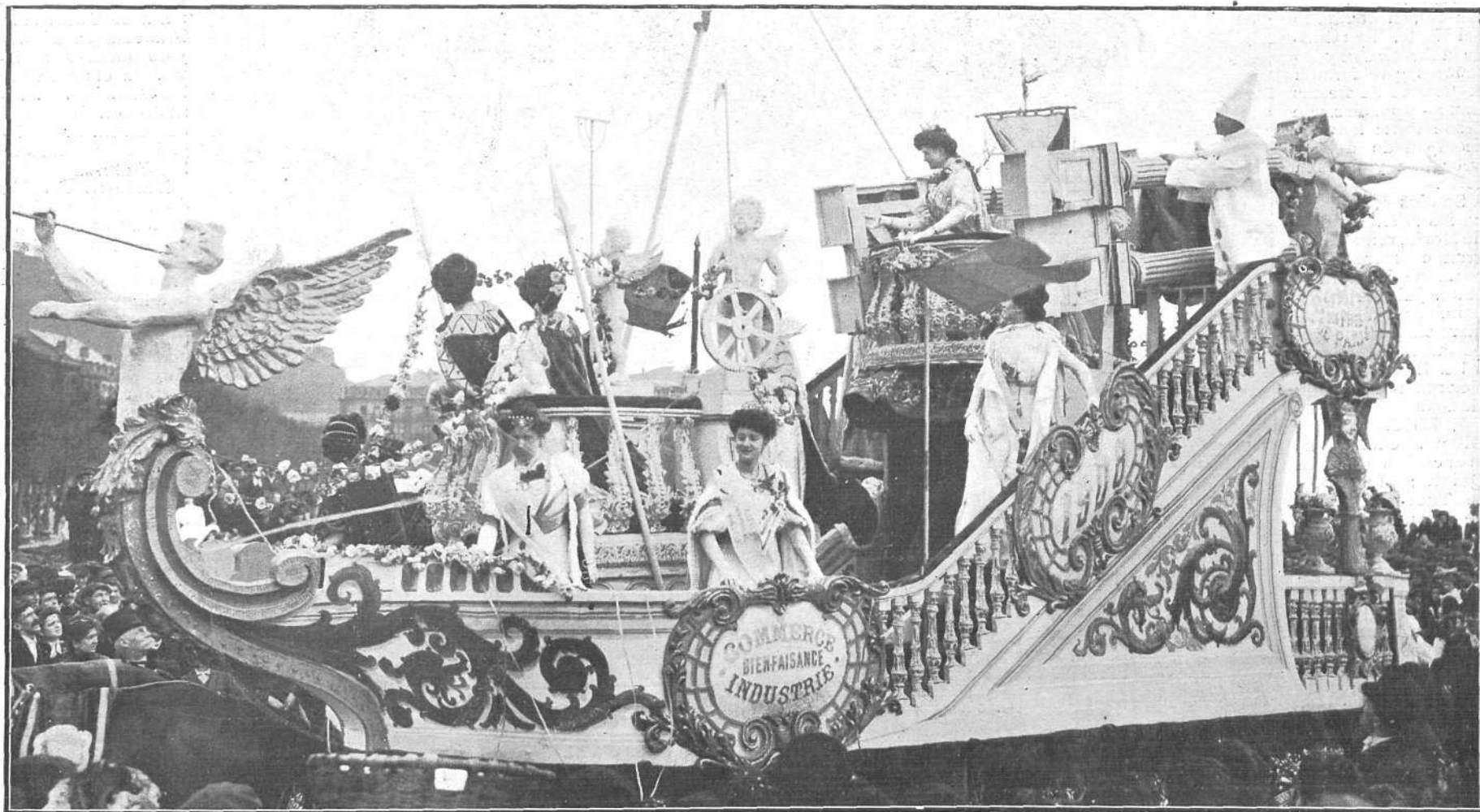
DON ROBERTO CASTROVIDO
DIRECTOR DE «EL PAÍS» Fot. Cao



BARCELONA. MITIN CONTRA EL PRESUPUESTO DE CULTURA
EN EL FRONTÓN CONDAL



BARCELONA. EL CARRO BIENDADO PARA EL TRANSPORTE DE EXPLOSIVOS, ATASCADO
CUANDO CONDUÍA LA ÚLTIMA BOMBA ENCONTRADA Fot. Baller



LA CABALGATA DEL DOMINGO. CARROZA DE LAS REINAS DE PARÍS, QUE OBTUVO EL PREMIO DE HONOR

Fot. Frederic

LAS REINAS DE LA «MI-CARÈME» EN SAN SEBASTIAN

Las fiestas que acaban de celebrarse en San Sebastián han revestido brillantez extraordinaria y han llevado á la capital guipuzcoana contingente enorme de forasteros.

Clou de estas fiestas ha sido indudablemente la presencia de las reinas de la *Mi-Carême* de París.

El domingo se celebró la gran cabalgata, en la que tomaron parte los grupos siguientes:

Once trompas de caza y clarines á caballo abriendo marcha; caravana ciclista; banda de virtuosos; carrozas «Una visita de otros mundos», «Las flores alegran la vida», carroza real del siglo XVI; banda de mosqueteros; doce cigarros puros; caja de cigarros y caja de cerillas; carroza Alegoría de la industria y el Comercio; 25 *pierrrots*; carroza «Arte culinario»; banda de Kalmukos; carroza «Faro y Atalaya flotantes»; carroza «Cleópatra en el Nilo»; carroza «Un nido»; carroza «Di-



MLLE. FERNANDA MORIN (X) EN SU PUESTO DE LA FERIA DE LOS JAMONES DE PARÍS

Fot. Agence Generale d'illustrations

versiones al aire libre»; carroza «El diábol»; carroza «La propiedad seguida de los tributos»; carroza de Pascua; 25 *pierrrots*; banda de locos; carroza «La Cuaresma arrebatando al Carnaval»; grupos «Un hecho histórico» y «Personajes de la época de Luis XIV»; carrozas «Café cantante», «Historia del café» y «La construcción»; 25 *pierrrots*; carrozas «Un jardín» y «Escenas taurinas»; 25 *pierrrots*; carrozas «Una galera antigua» y «La balsa»; banda bohemia; carroza de los gremios de la alimentación; carrozas «Expedición al Polo Norte», de las reinas de la *Mi-Carême*, y de las reinas de San Sebastián.

En la presente página publicamos instantáneas de la llegada de la señorita Morin y de la cabalgata, y otra de la misma reina de la *Mi-Carême* en su puesto de la «Feria de los jamones», fotografía hecha en vísperas de su viaje á España.



CARROZA DE LAS REINAS DE SAN SEBASTIÁN, EN LA CABALGATA

Fot. Frederic



LAS REINAS DE PARÍS Y DE SAN SEBASTIÁN, Á LA LLEGADA DE LA PRIMERA

Pocos minutos antes de las doce de la noche de anteayer martes llegaron á Madrid, en el rápido del Norte, las reinas de la *Mi-Carême* y los señores que forman el Comité de fiestas franco-españolas, que desde París las han acompañado á San Sebastián y á este corte.

Son los expedicionarios Mlle. Fernan de Morin, reina de los grandes mercados y reina de las reinas; Mlle. Juliette Petitpain, reina de la Cámara sindical del departamento del Sena; Mlle. Leontina Mercier, reina de la Unión sindical de *charcuteries*; Mlle. Germain Gilleul, reina de los mercados de San Quintín; Mlle. Juliette Thevenot, reina de los mercados de los Carmenes; mademoiselle Blanche Acelin, reina del Sindicato de ultramarinos; Mlle. Jeanne Boissier, reina de los mercados de Lenoir; Mlle. Juliette Lebeau, reina de los mercados de La Chapelle; ma-



LAS REINAS AL BAJAR DEL VAGON EN LA ESTACIÓN DEL NORTE

Fot. Goull.

vincial, gobernador civil, Círculo de la Unión Francesa, Cámara de Comercio Francesa en Madrid y no pocos periodistas. En el andén había también numerosas señoras deseosas de presenciar la llegada de las reinas de la *Mi-Carême*.

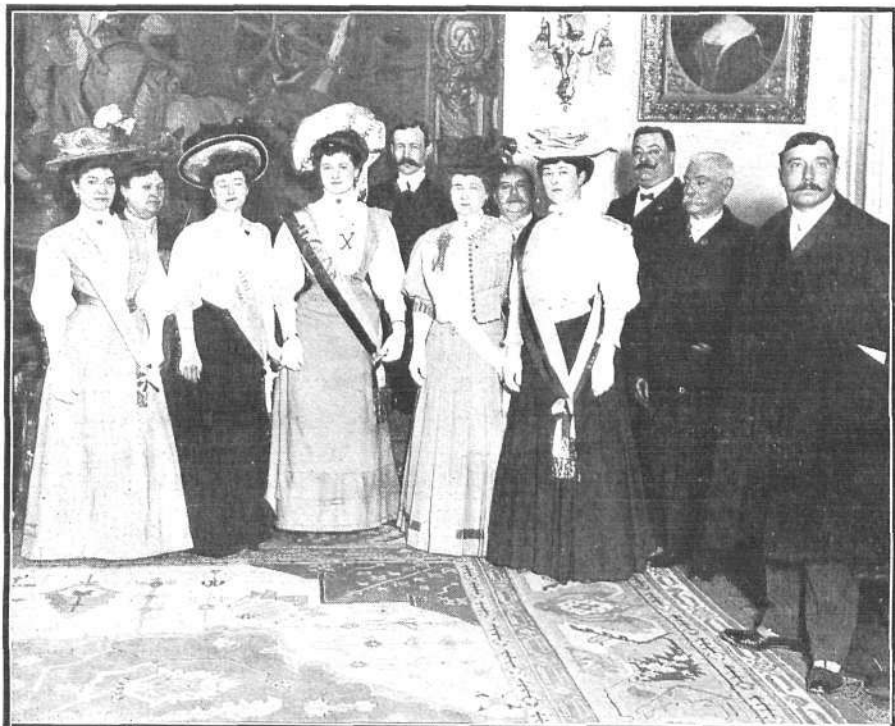
Desde la estación del Norte se trasladó la comitiva en varios carruajes al Gran Hotel, donde se había preparado alojamiento á los viajeros, que, en varias calles del tránsito fueron aclamados por el público, muy numeroso no obstante lo avanzado de la hora.

Ayer mañana fueron recibidos en la Embajada francesa y luego visitaron el Museo del Prado.

Por la tarde dieron un paseo por las calles de la capital, y á las seis asistieron á la recepción celebrada en su obsequio por el Municipio madrileño.

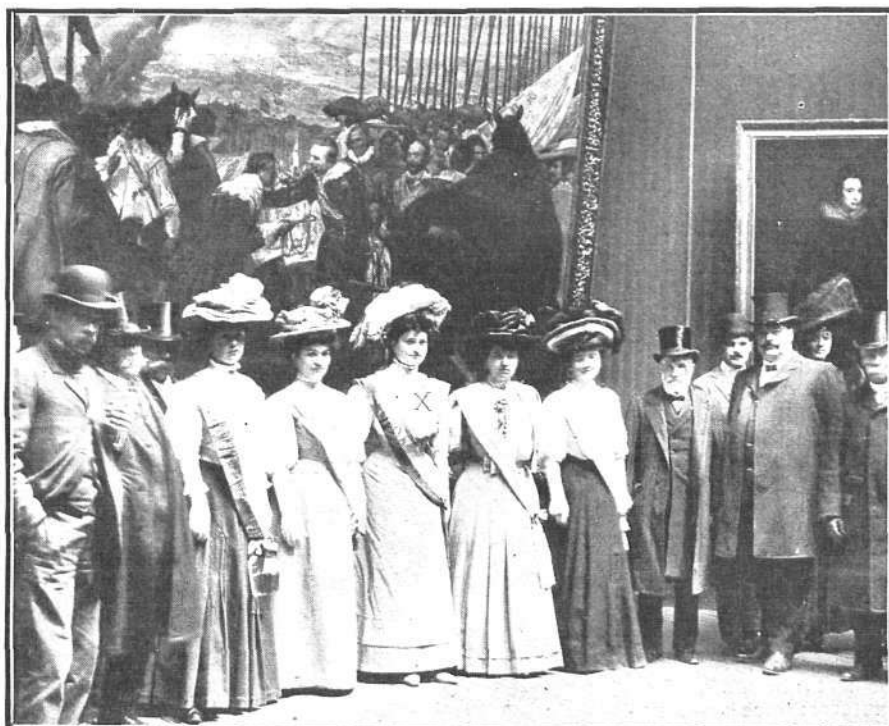
Para verlas salir del Gran Hotel se congregó en la calle del Arenal tan nume-

LAS REINAS DE LA «MI-CAREME» EN MADRID



VISITA Á LA EMBAJADA FRANCESA EN LA MAÑANA DE AYER MIÉRCOLES

Fot. Goull.



LAS REINAS Y EL COMITÉ DE FIESTAS EN EL MUSEO DEL PRADO AYER MAÑANA

demoiselle Marthe Boissus, reina del Carreau del Temple, y Mlle. Marie Charoi, reina del Comité de la orilla izquierda del Sena; los individuos del Comité de fiestas de París Mrs. Brezillon, Lerog, Seguin, Lemoine y Fourneau; Lagrèce, Piotte, Bouvinet, Robert y Mailteau, presidentes de los Sindicatos departamentales, y Girardin, Holmann y Doyen, en representación de varios gremios.

En la estación fueron recibidos á los acordes de la Marsellesa, y apenas descendieron del vagón, pasaron al salón de espera, donde el señor Maltrana hizo la presentación de las diferentes comisiones oficiales y particulares que habían acudido á saludar á las reinas.

Vimos en la estación, además de los representantes de la Cámara de Comercio, los del Ayuntamiento, Diputación pro-



RECEPCIÓN VERIFICADA ANOCHE EN EL AYUNTAMIENTO. EL ALCALDE Y LAS REINAS DE LA MI-CARÊME

Fot. Gifuentes

rosogentío, que estuvo totalmente interceptado el tránsito durante más de una hora.

Las reinas, á su regreso del paseo que habían dado, se vistieron sus trajes de ceremonia, y accediendo á las reiteradas instancias del público, se presentaron en los balcones del piso entresuelo del hotel, siendo ovacionadas por la multitud. Salió primero Mlle. Morin, y pudo oír aclamaciones y piropos ensordecedores. Luego, de dos en dos, se asomaron las demás reinas, siendo objeto de iguales manifestaciones.

Los grupos aumentaron de tal modo, que cuando la comitiva se dispuso á trasladarse al Ayuntamiento, tardaron los carruajes más de veinte minutos en poder arrancar.

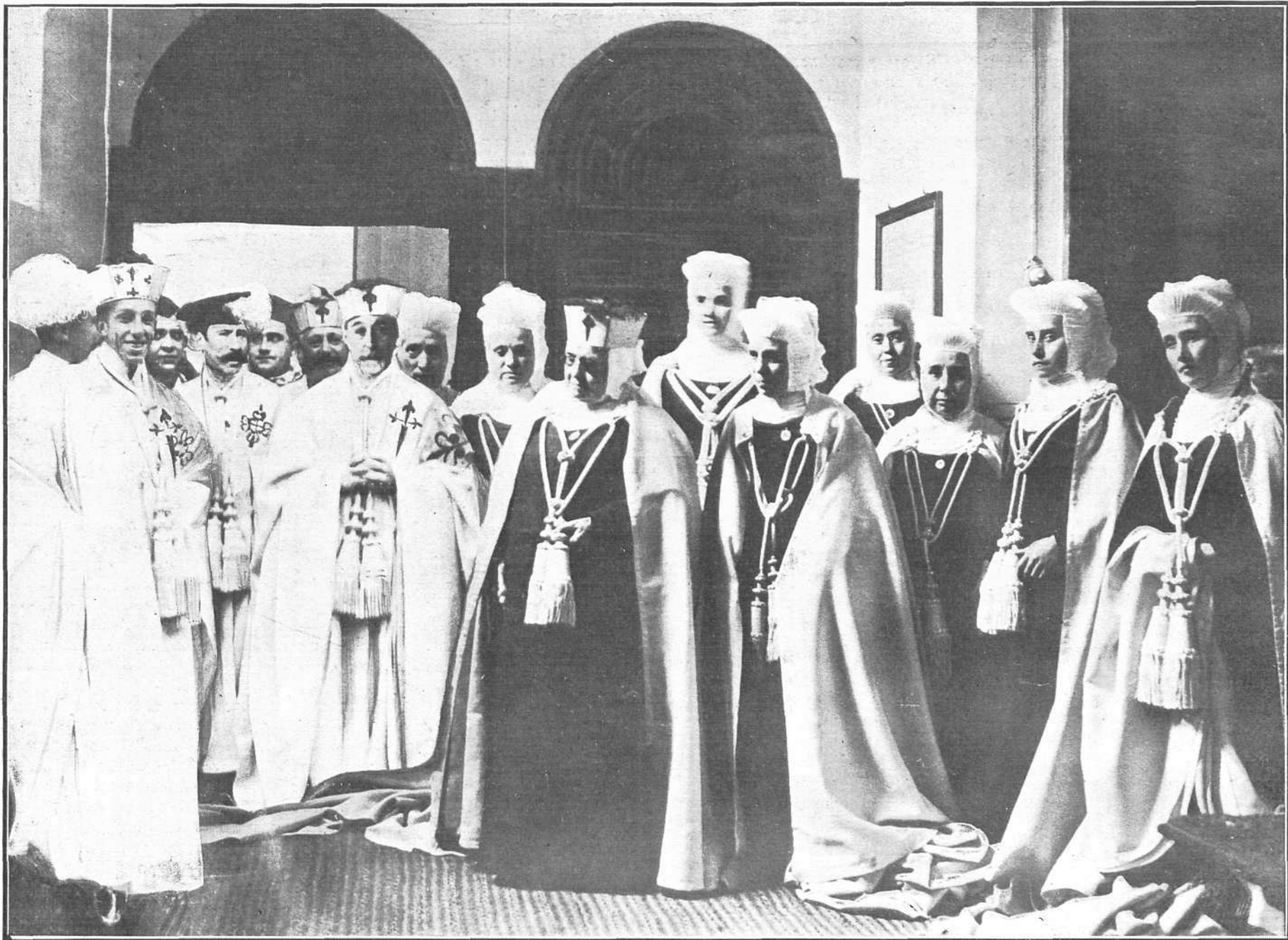
En los grabados de la presente página indicamos con un (x) la reina de las reinas Mlle. Morin.



LA PROCESION DE VIERNES SANTO EN MADRID

LA FAMILIA REAL Y ALTA SERVIDUMBRE, EN LOS BALCONES DE PALACIO CONTEMPLANDO EL NUEVO PASO DEL BESO DE JUDAS

De izquierda á derecha: Señores conde de Aybar, Agulla, Alvarez de Toledo; marqueses de Santa Cruz y Aguilar de Campóo, ministro de Gracia y Justicia, Reina doña María Cristina, S. M. el Rey, Reina doña Victoria Eugenia, infanta doña Isabel, princesa Luisa de Orleans, infantes D. Carlos, D. Felipe, D. Raniero y D. Alfonso, y damas de servicio.



S. M. CON EL CAPÍTULO DE SANTIAGO, EN EL TRASCORO DE LA IGLESIA DE LAS COMENDADORAS

Fot. Cifuentes

MADRID. EL REY EN LAS COMENDADORAS DE SANTIAGO

CARABANCHEL. FIESTAS EN LA ESCUELA DE SANTA RITA



EL PÚBLICO EN LA CALLE DE QUIÑONES, OVACIONANDO Á DON ALFONSO XIII CUANDO SALÍA DE LA IGLESIA DE LAS COMENDADORAS DE SANTIAGO

Fot. Cifuentes



CABALGATA DEL TORNEO CELEBRADO POR LOS CORRIGENDOS DE LA ESCUELA DE REFORMA DE SANTA RITA

Fot. Alba



El conde se apeó de su caballo profundamente conmovido, y, cediendo á un irresistible impulso, se arrojó en los brazos del marqués...

LA MUERTA EN VIDA

SEGUNDA PARTE

Continuación.

Hace algún tiempo, primo mío, que sospechaba yo esta suprema felicidad; pero no me atrevía á darle crédito ni á comunicársela por temor de causaros una decepción. Si abandono hoy mi reserva, es porque ya no cabe duda, porque la certidumbre ha substituído á la esperanza. Los más afamados médicos de París me han dado repetidas veces la seguridad de que la condesa se halla encinta, y todos están acordes en declarar que su embarazo se presenta en condiciones favorables.

»Deseo, por lo tanto, que desde hoy toda la gente del palacio y sus dependencias tome parte en el júbilo que mi esposa y yo experimentamos. Os suplico, querido primo, que os entendáis con mi mayordomo Lactancio para que cada uno de nuestros servidores, cualquiera que sea su edad y su sexo, reciba cinco luises de oro á título de gratificación. Dad asimismo las órdenes oportunas para que se hagan públicas oraciones en acción de gracias y que se celebren fiestas, á las que serán convidados los habitantes de mis dominios. Haced que se ilumine el parque todas las noches, que haya siempre mesas cubiertas de manjares en los cenadores del jardín y que corra el vino en abundancia, á fin de que brille la alegría en todos los semblantes. A mis colonos y arrendatarios les concedo plena condonación de las sumas que puedan adeudarme, así como también de las multas impuestas por delitos rurales. Mis guardabosques se lo participarán.

»Esta carta, que confío á mi correo Jacinto Husbert, sólo nos precederá algunos días. Mañana temprano saldremos de París. Pero como el traqueteo del coche, por el mal estado en que se hallan los caminos, podría comprometer la preciosa existencia de la criatura que la condesa lleva en su seno, he dispuesto que mi cara mitad haga el viaje en litera y á pequeñas jornadas. Yo la acompañaré á caballo.

»Por medio de otra carta os avisaré el día y hora precisa en que llegaremos al palacio. Disponed que no nos saluden con descargas de armas de fuego, pues en el estado de la condesa, el ruido de las detonaciones podría ocasionar fatales consecuencias.

»Con esto, querido primo, os ruego que no dudéis del sincero afecto que

os profesamos á vos y á nuestra muy amada prima Olimpia de Chavigny. Dios os tenga á los dos en su santa gracia.

»ANNÍBAL, CONDE DE RAHON.»

Terminada la lectura, empezaron de nuevo los gritos con redoblada intensidad. La alegría llegó á convertirse en un verdadero delirio.

—Me entenderé con Lactancio para que se ejecuten desde mañana las disposiciones de mi primo—dijo el marqués con voz tan fuerte que dominó la algarabía.—Os felicito de todo corazón por el cariño que demostráis tener á vuestros amos; se lo comunicaré en cuanto lleguen. Ahora, podéis retiraros.

Hombres y mujeres abandonaron inmediatamente el comedor, y sus clamores se fueron debilitando á medida que resonaban en los departamentos interiores del castillo.

El marqués se quedó solo con la señora de Chavigny. Los dos amantes cambiaron una significativa mirada, y por espacio de algunos minutos no despegaron los labios.

—¡Maldita noticia!—murmuró Saint-Maixent, arrugando convulsivamente el papel que conservaba aún en la mano.

—¡Adiós nuestra esperanza!—repuso la condesa con voz sorda y como si hablase consigo misma.—¡Nuestro porvenir, nuestras ilusiones, todo se desloma, todo se ha perdido!

A estas pocas palabras sucedió un nuevo silencio.

Al fin, Saint-Maixent levantó la cabeza, y exclamó:

—¡Todo se ha perdido, decís! ¿Quién sabe? ¿Por qué desesperar antes de tiempo?

—Pero esa carta...—interrumpió Olimpia fijando en el marqués una mirada de asombro.

—¡Esa carta!—exclamó Saint-Maixent, casi con violencia;—¿qué prueba esa carta, después de todo?

—Prueba la próxima realización de las esperanzas del conde; prueba que la condesa está encinta.

—No, no prueba nada.
—¿Que no prueba nada?
—No, nada—interrumpió Saint-Maixent por segunda vez.—Nada más que las ilusiones que el conde de Rahon y su esposa se forjan, seducidos por no sé qué falsas apariencias.

—Pero ¿y la opinión unánime de los mejores médicos á quienes han consultado?

—Los médicos no son infalibles ni mucho menos; tal vez hayan querido lisonjear esperanzas de que no participan. Y si no, decidme: ¿es verosímil, es creíble que, después de catorce años de esterilidad, la señora de Rahon llegue á ser madre?

—Será inverosímil, será increíble y todo lo que queráis; sin embargo, no será la primera vez que suceda. Yo misma os puedo citar algunos casos.

—Pues bien; aun admitiendo ese absurdo, me comprometo á demostraros que nuestros planes no quedan totalmente destruidos.

—¿Cómo?

—Reflexionad y vos misma lo veréis. ¡Cuántos y cuán peligrosos trámites faltan aún antes de que venga al mundo esa criatura que nos despoja! Tened en cuenta el cansancio del viaje que en este momento verifica la condesa, los innumerables accidentes que pueden sobrevenir y sobrevienen á cada paso en los caminos, y por fin las enfermedades, á veces peligrosas, que acompañan los últimos periodos del embarazo. No olvidéis que basta con un susto inopinado, una emoción imprevista, una caída, cualquier cosa, para matar en el seno de la madre al heredero de tantos millones.

—Es verdad—murmuró Olimpia muy pensativa.

—Se necesita, además, que el parto sea feliz—prosiguió Saint-Maixent.—Ya sé que la condesa es joven todavía; pero ha pasado de la edad en que el alumbramiento es fácil. La señora de Rahon sucumbirá tal vez al llegar ese caso.

—Sí, tenéis razón—dijo Olimpia.

—Sin contar con que, una vez nacida la criatura, puede morir—prosiguió Saint-Maixent con voz sombría.

La señora de Chavigny fijó en su amante una mirada desfavorida.

—¿Creéis que morirá?—preguntó lentamente y con una extraña expresión.

—Lo creo—replicó el marqués, más bien con el gesto que con los labios.

—¿De muerte... natural?—balbució la joven.

—¡Natural ó... accidental—exclamó el caballero,—poco importa! Pero ¿qué pensar en desgracias que no llegarán á realizarse? ¡La condesa no está encinta! ¡No puede ser! ¡Es de todo punto imposible!

—¡Ah! ¡el cielo os oiga!—murmuró la bella Olimpia.

Saint-Maixent sólo respondió con una sonrisa siniestra.

La idea de que el embarazo de la condesa no era más que una ilusión se confirmó cada vez más en el ánimo del marqués y de la joven, y les devolvió en parte la tranquilidad que la carta del conde les había hecho perder. Transcurrieron doce días en medio de las más variadas diversiones.

El mayordomo hacía las cosas en grande, y se economizaba ni el dinero, ni los vinos, ni los ganados de su señor.

Diariamente se mataban dos vacas, cuatro ó cinco terneras, cinco ó seis carneros, otros tantos cerdos y muchas docenas de pollos y gallinas. Sacábanse de las bodegas grandes barricas de vino, y se encendían gigantescas hogueras en las cocinas.

Al mediodía, el parque presentaba el espléndido aspecto de las bodas de Camacho.

Por la noche, en las alamedas, iluminadas con farolillos de colores, resonaban los violines de una turba de músicos ambulantes, y los jóvenes de ambos sexos pasaban bailando casi hasta el amanecer.

A todo el mundo gustaba aquella vida, y todos hacían votos por que se prolongase indefinidamente.

En la noche del duodécimo día llegó á galope tendido otro correo, portador de otra carta del conde para el marqués de Saint-Maixent.

XVII

Aquella nueva misiva, mucho más breve que la anterior, anunciaba que dos días después, á las tres de la tarde, llegarían el conde y su esposa á su palacio.

Saint-Maixent envió inmediatamente á llamar á Lactancio; el mayordomo se presentó con su fisonomía y su actitud habituales.

—Maese Lactancio—le dijo el marqués,—el señor de Rahon y la señora condesa llegarán pasado mañana á las tres de la tarde.

—¡Alabado sea Dios, que nos devuelve nuestros benditos amos!—murmuró el honrado servidor.

—Se trata de prepararles una recepción de la cual queden contentos—prosiguió el marqués;—os confío el encargo. Os doy plenos poderes para probar vuestro celo; os recomiendo únicamente que el entusiasmo raye en el más alto grado. Siempre resultarán insuficientes las demostraciones de amor y de alegría que se hagan para recibir al futuro heredero de la fortuna, títulos y señoríos de la casa de Rahon.

A pesar suyo, Saint-Maixent pronunció estas palabras con un tono que no estaba exento de amargura.

Lactancio, excesivamente listo cuando se trataba de descubrir algún mal sentimiento, lo notó en seguida.

—Haré cuanto esté de mi parte para corresponder á la confianza que el señor marqués se digna concederme—respondió.—No perdonaré medio alguno; el entusiasmo será ilimitado.

—Manos, pues, á la obra, y cuidado de que no falten arcos de triunfo.

—Se pondrán tres de mucho efecto. Se me ha ocurrido hacer bajar desde lo alto de uno de ellos á un chico vestido de amorcillo, con las alas de papel dorado, para que ponga una corona en la frente de la señora condesa.

—Esa idea merece los mayores elogios. ¡Ea, idos á hacer los preparativos!

Lactancio retrocedió algunos pasos hacia la puerta, hizo como que se disponía á salir, pero luego volvió otra vez.

—Suplico humildemente al señor marqués que me perdone—balbució con acento conmovido,—pero no puedo menos de manifestarle la admiración que me inspira. ¡El señor marqués tiene un corazón de oro!

—¿De veras!—dijo Saint-Maixent con tono burlón.—¿Y puedo saber, maese Lactancio, de dónde procede esa súbita y profunda admiración, que, sin duda por mi extremada modestia, no acierto á comprender?

—Procede del heroísmo del señor marqués; heroísmo tan maravilloso, que hasta ahora le había creído imposible en este mundo, en que nada hay perfecto.

—¡Llévame el diablo si os entiendo!—exclamó el marqués.—Explicáos, virtuoso mayordomo.

—Pues bien, señor marqués, os veo dar muestras de gran alegría por un acontecimiento que debiera entristeceros y sumiros en la desesperación.

—¿Qué acontecimiento es ese?

—El próximo nacimiento de un heredero del señor conde.

—¿Y por qué me he de afligir? Nada tengo que ver con la herencia de mi primo.

—Directamente, no; pero la señora de Chavigny hubiera heredado inmediatamente en caso de defunción de mi amo, y yo supongo, con el debido respeto, que la señora Olimpia puede muy bien convertirse en marquesa de Saint-Maixent en cuanto se vea viuda.

—¿De modo que si estuviérais en mi lugar, no participaríais de la alegría general?

—¿De ningún modo! Por mi parte, confieso que no poseo las eminentes virtudes del señor marqués, y que maldeciría de todo corazón esa criatura á quien nadie esperaba ya, y que viene de improviso á robaros una inmensa fortuna.

—Es decir que (suponiéndoos siempre en mi lugar) si pudieseis impedir su nacimiento...

—No vacilaría, aunque tuviera que llamar en mi ayuda al diablo en persona para llevar á cabo esa empresa...

—¿Creéis en el diablo, maese Lactancio?—preguntó Saint-Maixent con irónica sonrisa.

—A puño cerrado, señor marqués. Tengo la dicha de poseer principios religiosos, y procuro hacer el bien que puedo; pero cuando entran en juego los millones, confieso que no sabría resistir á la tentación del espíritu maligno.

—Pues haríais muy mal—repuso el marqués con cómica gravedad.—Alejad de vos esos malos pensamientos; seguid el ejemplo que os doy; acordáos de que nada valen los millones del mundo entero al lado de una conciencia tranquila. No olvidéis que la verdadera felicidad del hombre está en la abnegación y el sacrificio; regocijáos con la dicha del prójimo, aunque perjudique á vuestros intereses. He dicho. Meditad estos sabios consejos, y daos prisa á hacer estos preparativos para la entrada triunfal de mi muy amado primo, de su digna esposa y de su futuro heredero. ¡Manos á la obra, señor mayordomo, manos á la obra!

Esto era una despedida formal. Lactancio, comprendiéndolo así, se inclinó hasta el suelo y salió muy desorientado.

—Este tuno ha adivinado mi juego—pensó Saint-Maixent cuando se quedó solo;—acaba de hacerme comprender muy hábilmente que, en el momento en que le necesite, le encontraré dispuesto á servirme. Bien; tomo nota de esa declaración, y me acordaré de ella oportunamente.

En el día y hora fijados llegaron varios jinetes con librea de gala, anunciando que sólo precedían un cuarto de hora la litera de la señora condesa.

Todo estaba preparado para la entusiasta recepción ordenada por Saint-Maixent y dirigida por maese Lactancio.

Tres arcos de triunfo revestidos de verde follaje, de guirnaldas de flores, de emblemas y divisas, ostentaban de trecho en trecho las maravillas de su campestre arquitectura.

En la cúspide del tercero se veía, con gran admiración de la rústica concurrencia, un amorcillo con alas de papel dorado y provisto de su correspondiente corona.

Jóvenes de ambos sexos aguardaban con ramos de flores y corderitos blancos como la nieve. La muchacha más linda de todas había aprendido de memoria un saludo en verso para recitárselo á la condesa.

En torno de los arcos de triunfo se apiñaba un numeroso gentío formado de colonos y habitantes de las muchas aldeas situadas en las vastas posesiones del conde. Las campanas de las iglesias, lanzadas á vuelo, llenaban el aire con sus notas alegres. Por todas partes sonaban las melodías, más ó menos discordantes, de orquestas improvisadas. La servidumbre del castillo formaba dos filas desde la verja hasta la escalinata. En resumen, el espectáculo de aquella inusitada animación era admirable.

Llegó, por fin, la litera, conducida por cuatro hombres vigorosos.

La condesa María de Rahon, blandamente reclinada sobre cojines y almohadones, estaba algo pálida, más bien de emoción que de cansancio; pero aquella palidez aumentaba su belleza, añadiéndole un atractivo irresistible.

El conde Annibal, montado en un magnífico caballo negro, cabalgaba á la portezuela derecha de la litera, rebosando alegría y satisfacción.

Formaban la escolta cuatro hombres á caballo.

En el momento en que la comitiva entró por la gran alameda elevóse un clamoreo semejante á un huracán de voces humanas; resonaron ¡vivas! ensordecedores, y las bandas de música empezaron á tocar estrepitosamente. Los criados y colonos más antiguos se echaron á llorar de enternecimiento al ver la alegría del conde, y, sobre todo, al pensar que sus nobles y excepcionales cualidades se iban á perpetuar en un vástago de su raza.

Saint-Maixent y la marquesa de Chavigny aguardaban en el primer arco de triunfo.

Ambos habían hecho los mayores esfuerzos para fingir en sus semblantes una cosa muy distinta de lo que pasaba en sus corazones. Consiguieronlo completamente, y representaron su papel á las mil maravillas.

Detúvose la litera.

El conde se apeó de su caballo profundamente conmovido, y, cediendo á un irresistible impulso, se arrojó en los brazos del marqués balbuciendo:

—¡Oh, primo mío! ¡qué feliz soy!

—¿Créis acaso que vuestra dicha no nos alcanza á nosotros?—repuso Saint-Maixent devolviéndole un apretado abrazo.—Todos participamos aquí de vuestra felicidad.

Entretanto, la señora de Chavigny se había aproximado á la litera entreabierta y prodigaba á la condesa de Rahon los besos de Judas.

Los numerosos testigos de aquella escena de familia sentían correr por sus mejillas dulces lágrimas.

La litera siguió adelante; recitóse el saludo, presentáronse los ramos y los cordónitos; el Cupidillo con alas de papel dorado descendió de su elevado puesto con ayuda de una cuerda, y presentó graciosamente su corona. En fin, todo salió á pedir de boca. El conde y su esposa entraron bajo los más felices auspicios en aquella casa donde les esperaban las sombrías peripecias de uno de esos dramas cuya memoria se transmite de generación en generación como el recuerdo de una gran catástrofe.

XVIII

Aquella misma noche el conde de Rahon tuvo una conversación reservada con su primo el marqués, para darle cuenta del feliz resultado de sus gestiones cerca del rey, quien en un principio rehusó otorgar lo que se le pedía; pero, viéndose solicitado con ardor é insistencia, firmó por fin las patentes de remisión, por las cuales quedaba limpio y puro el pasado del marqués y libre de toda responsabilidad ante la justicia humana, por grandes que fuesen los crímenes que hubiera cometido.

—He salido garante por vos, primo mío—dijo el conde al concluir;—he respondido con mi honor del vuestro. He jurado solemnemente que las acusaciones dirigidas contra vos eran calumniosas, y que un Saint-Maixent puede haber cometido faltas é imprudencias, pero nunca crímenes é infamias. Por fin, á fuerza de batallar, he conseguido mi objeto. La absolución del rey os purifica de toda mancha, como el agua del bautismo lava la culpa original. El porvenir os pertenece. Podéis empezar de nuevo vuestra vida, y yo os prometo mi ayuda para que no sea indigna del último vástago de una noble estirpe que tan de cerca me toca.

Saint-Maixent dió las gracias á su primo con la más apasionada y, al parecer, sincera gratitud, llegando hasta verter algunas lágrimas, mudo, pero elocuente testimonio de la profunda emoción y reconocimiento sin límites que sentía.

—Ahora, primo mío—prosiguió Annibal,—¿me permitís que os dé un consejo?

—Me consideraré dichoso en escucharlo y en seguirlo religiosamente.

—Sois libre; el mundo se abre ante vos; mañana mismo podéis, si os place, volver á París.

Saint-Maixent se estremeció ligeramente. ¿Pensaría su primo insinuarle, en términos corteses, que no debía abusar más tiempo de la hospitalidad del castillo de Rahon? Sus temores se disiparon muy pronto.

—Comprendo perfectamente—prosiguió el señor de Rahon—que un joven dotado de las brillantes cualidades que vos poseéis, y acostumbrado á obtener triunfos de todo género, debe encontrar muy monótona la vida de provincias. Sin embargo, si queréis escucharme, quedaos á nuestro lado algún tiempo más. Mi honrado procurador no ha podido terminar aún satisfactoriamente los asuntos relativos á vuestros apuros pecuniarios, y, si vuestros encarnizados acreedores os ven aparecer en París, será muy difícil, por no decir imposible, el obtener de ellos ciertas razonables concesiones que, en la ignorancia en que están de vuestra actual situación, se verán obligados á aceptar. Al hablaros de este modo, me guía solamente el interés que me inspiráis; el afecto que os profeso dicta mis palabras. No nos abandonéis. El alma y el cuerpo se regeneran con la vida del campo. Armaos de paciencia y procurad no aburrirlos demasiado en el castillo de Rahon hasta el día en que vuestra fortuna, en parte restaurada, y el matrimonio que os he prometido, os permitan recobrar una situación digna de vos. ¿Aceptáis?

Saint-Maixent no necesitó fingirse alegre, pues se hallaba en realidad lleno de júbilo. La generosa oferta del conde se adelantaba á sus deseos, asegurándole la realización de sus criminales esperanzas.

El marqués tomó entre las suyas las dos manos de su primo, y las apoyó contra su pecho, balbuciendo:

—No sé, en verdad, primo mío, cómo expresaros la gratitud de que está henchido mi corazón. Acabáis de llenar mi mayor deseo al proponerme una cosa que yo no me atrevía á pedir. Quedarme á vuestro lado es mi única ambición. Se ha operado en mí un cambio radical; ahora conozco que la felicidad está aquí y no donde yo la buscaba.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el conde, cuyo hermoso y simpático semblante se dilató de alegría.—¡Loado sea Dios, puesto que su inagotable bondad me sigue colmando de favores! Vuestra contestación me prueba que la conversión ha sido completa. Sois digno del apellido que lleváis; os daré la mayor prueba de estimación que puedo otorgar, nombrándoos padrino de mi hijo.

Pasaron algunas semanas. Las esperanzas del marqués de Saint-Maixent y de Olimpia se desvanecieron poco á poco.

La condesa llevaba efectivamente en su seno una criatura; su talle fino y elegante empezaba á perder su flexibilidad; sus facciones ofrecían esa huella de languidez que tanto embellece el rostro de la que va á ser madre. Era preciso rendirse á la evidencia.

Las entrevistas del marqués con la señora de Chavigny, si bien menos frecuentes que cuando se encontraban solos en el castillo, tenían lugar, sin embargo, dos ó tres veces por semana en el pabellón.

Saint-Maixent proseguía su obra de corrupción, destruyendo en Olimpia toda creencia religiosa.

Su alma débil se modeló como cera á gusto de Saint-Maixent.

Cuando ya no creyó en Dios, la joven se atrevió á mirar el crimen frente á frente, y el crimen no le causó ni miedo ni repugnancia.

—¡Y pensar que un susto cualquiera bastaría para matar esa maldita criatura en el seno de su madre!—exclamó Olimpia un día, en el momento de separarse del marqués.—¡Ah! ¡que no pudiera yo evocar fantasmas!

Saint-Maixent no respondió, pero aquellas palabras quedaron perfectamente grabadas en su espíritu y le sugirieron una idea, que no tardó en poner en ejecución.

Desde la llegada del conde, los dos primos habían vuelto á su costumbre de dar diariamente un paseo á caballo después de comer, cuando el tiempo lo permitía.

La condesa, que no abandonaba casi nunca su butaca, se asomaba con Olimpia al balcón monumental que dominaba el patio de honor, y desde allí asistía á la partida y retorno de los dos caballeros, á quienes saludaba con su pañuelo tan pronto como aparecían por la gran alameda de castaños.

Annibal, excelente jinete y muy dado á ejercicios de equitación, encontraba gran placer en montar caballos fogosos; los manejaba con tanta gracia y destreza, que no parecía existir para él ningún peligro.

Pero la señora de Rahon, que se había vuelto en extremo impresionable desde que se hallaba encinta, sentía una vaga inquietud cuando veía á su marido dirigir algún indómito corcel que se encabritaba y botaba tascando impaciente el freno. Suplicábale que no montase más que caballos dóciles; mas Annibal respondía sonriendo que todos los caballos eran dóciles cuando él los montaba.

Entre los más selectos de las caballerizas del castillo contábanse dos sementales árabes, llamados *Kebir* y *Mesrour*, blancos los dos, y tan parecido que era difícil distinguir al uno del otro.

El conde y el marqués solían montarlos.

Enjaezábanseles á estilo de Oriente, con bridas de seda púrpura y sillas de terciopelo granate traídas de Constantinopla. El vivo color de la seda y terciopelo sobre la nacarada blancura de los dos magníficos caballos producía un efecto admirable.

Cierta mañana, Saint-Maixent tuvo con Lázaro y Lactancio una misteriosa conferencia, y en seguida fué á reunirse con el conde, que se estaba paseando por el parque; hablaron de mil cosas indiferentes, volviendo juntos al castillo. El marqués se resbaló en la escalinata y cayó, quejándose al levantarse de un dolor muy vivo en una pierna.

—Voy á mandar á buscar á un médico—dijo el conde.

—¡No hagáis tal!—repuso el marqués riendo;—el médico se burlaría de mí. Esto no es nada. Dos ó tres fricciones de cualquier cosa harán desaparecer todo dolor. Lo único que temo es que esta ridícula caída no me permita quizá montar á caballo esta tarde.

—Lo sentiré—dijo Annibal—porque no me será posible quedarme en el castillo para haceros compañía. Necesito indispensablemente ir á visitar los trabajos de una granja, á tres leguas de aquí, donde he dado cita á mis arquitectos. Pero es de esperar que vuestro dolor desaparezca de aquí á la tarde.

—Posible es, pero mucho lo dudo—repuso el marqués, que echó á andar cojeando.

Razón tuvo en dudar, pues, terminada la comida, resultó que el dolor se había aumentado, y que el único modo de poder soportarlo era permanecer en una inmovilidad absoluta.

—Mis amables primas me permitirán que les haga hoy compañía—dijo el marqués, dirigiéndose á la condesa y á la bella Olimpia;—y mientras galopáis por esos caminos—añadió volviéndose hacia el conde,—nos entretendremos en hablar de vos, con lo cual vuestra ausencia nos parecerá menos larga.

El cielo estaba radiante. Un sol magnífico inundaba de luz la campiña y hacía brillar, como si fuesen de oro, las hojas secas y amarillentas que empezaban á desprenderse de los árboles con los primeros fríos del invierno.

El señor de Rahon se mudó de traje y apareció en la plaza exterior del castillo, seguido de un solo criado.

Montaba el caballo árabe *Kebir*, que se levantaba de manos y saltaba dando fuertes resoplidos.

XIX

Ese caballo es soberbio!—exclamó Saint-Maixent entusiasmado.—¡Qué gracia, que nobleza, qué fogosidad! ¡Miradlo, prima, miradlo!

—¡Ah!—murmuró la condesa—¡demasiado lo veo! Me da miedo.

—¿Qué teméis? Ya sabéis que mi primo es un verdadero centauro. No hay caballo que pueda arrancarle de la silla.

—Lo sé, y, sin embargo, tiemblo á pesar mío...

La condesa se interrumpió lanzando un grito.

Annibal quería llevar á *Kebir* al pie del balcón para enviar á su mujer un beso, y á Olimpia y Saint-Maixent una sonrisa; pero el caballo se declaraba en abierta rebelión, corría frenético, se encabritaba sacudiendo sus largas crines, daba botes con una violencia prodigiosa.

Aquella lucha duró algunos minutos, que parecieron siglos á la condesa. Pero la habilidad y la voluntad del jinete triunfaron de la brutal obstinación del caballo. *Kebir* se declaró vencido; temblando y echando fuego por la nariz, obedeció á la doble presión del bocado y de la rodilla, yendo á colocarse dócilmente debajo del balcón.

Saint-Maixent aplaudió con entusiasmo, y la condesa, apartando del rostro sus diminutas manos, miró á su marido, que parecía una estatua ecuestre sobre *Kebir* inmóvil.

—¡Annibal, Annibal!—murmuró con acento suplicante.—No salgáis con ese caballo.

—¿Y por qué, querida mía?

—Porque es un demonio.

—¿Quién! ¿*Kebir* un demonio?—replicó el conde con una alegre careaja.—¡Ah, María! Le calumniáis. Es cierto que tiene á veces sus caprichos; pero sólo debe atribuirse á la sangre casi regia que corre por sus venas, si bien, en el fondo, es dócil como un cordero, y la mano de un niño ó de una mujer bastarían para reducirle á la obediencia. No temáis, pues, y aguardadme sin impacientaros; antes de dos horas estaré de vuelta.

Dicho esto, el conde aflojó la brida á *Kebir*, que, al sentirse libre, pegó

dos ó tres botes desordenados y echó á volar, que no de otro modo puede explicarse el prodigioso galope de aquel caballo. En menos de diez segundos pasó la verja del castillo y desapareció como un meteoro por la alameda de castaños.

—*Kebir* debe descender en línea recta de la famosa yegua del Profeta—dijo Saint-Maixent.—No parece sino que tiene alas de águila en los pies; compite con el huracán en rapidez.

—Primo—preguntó la señora de Rahon,—¿monta á menudo el conde en ese terrible animal?

—Muy á menudo, casi todos los días. ¿No lo habéis conocido?

—He creído verlo por primera vez, ó, por lo menos, nunca me ha parecido tan fogoso como hoy.

—Y tenéis razón; pero eso se explica fácilmente. *Kebir* es compañero de cuadra y amigo íntimo de su compatriota *Mesrour*. Cuando el conde y yo salimos juntos, yo monto *Mesrour* y los dos compañeros no se separan. Hoy, que me quedo en el castillo, *Mesrour* no sale de la cuadra, y *Kebir*, furioso de una separación inusitada, lo manifiesta á su modo.

La señora de Rahon juntó las manos, y sus pupilas se dilataron con una expresión extraviada.

—Pero entonces—balbució—la cólera de ese caballo irá aumentando, en vez de apaciguarse.

—Es probable, es casi seguro.

—Y esa cólera le hará peligroso, indomable, terrible.

—Sería indomable y peligroso, de seguro, para cualquiera otro que no fuese jinete tan consumado como mi primo; pero la ciencia hípica del conde, su habilidad y su audacia le permiten reducir á la obediencia al caballo más furioso. Tranquilizaos, os lo ruego; repito que no hay nada que temer.

—Eso se dice siempre—murmuró la condesa, á cuyos ojos asomaron algunas lágrimas;—se asegura que el peligro no existe, y sólo se advierte la imprudencia cuando la desgracia ha sucedido. ¡Ah! conozco que no voy á poder respirar con libertad hasta que Annibal haya vuelto.

Olimpia y Saint-Maixent procuraron distraer á la señora de Rahon y alejar de ella los tristes pensamientos que la acosaban. Todo fué inútil. La joven, tan amable y risueña de ordinario, permanecía absorta en su dolorosa preocupación; escuchábase distraída y casi sin contestar.

Así transcurrió hora y media. Al cabo de ese tiempo, resonó á lo lejos un relincho. La señora de Rahon levantó la cabeza, secáronse las lágrimas que humedecían sus ojos y volvió el color á sus mejillas. No cabía duda de que aquel relincho era el de uno de los caballos árabes. El marqués y la bella Olimpia cambiaron una furtiva mirada.

—¡Por fin! ¡por fin!—murmuró la condesa;—¡ya está aquí, gracias al cielo!

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando se dibujó á lo lejos la blanca forma de un caballo lanzado á galope tendido. Aquella forma adelantaba con vertiginosa rapidez. La señora de Rahon, de pie é inclinada hacia adelante, la devoraba con la vista; á medida que se acercaba se iba poniendo pálida. De pronto se escapó de sus labios un ronco gemido, vaciló, y tuvo que agarrarse al respaldo de su poltrona para no caer.

—¡Es *Kebir*...!—balbució con voz alterada;—¡*Kebir*, que vuelve solo!

El caballo árabe, continuando su furiosa carrera, llegó frente al palacio. No traía silla; entre sus erizadas crines veíase un jirón de seda carmesí. Al ir á dar la vuelta para dirigirse, sin duda, á la caballeriza, extenuado por el exceso de su ardor, cayó al suelo jadeante; levantóse en seguida de un salto y desapareció detrás de un ángulo del palacio.

—¡Ah! ¡mis presentimientos! ¡mis presentimientos!—gritó la condesa;—¡el conde ha muerto, y yo voy á morir!

Giró sobre sí misma y cayó de espaldas. Saint-Maixent y Olimpia hicieron un movimiento para recibirla en sus brazos; pero su calculada lentitud fué causa de que llegaran demasiado tarde, y la condesa dió con su cuerpo sobre las baldosas del balcón.

—Bien representado, ¿no es verdad?—murmuró Saint-Maixent al oído de Olimpia, al mismo tiempo que se inclinaba sobre el cuerpo inanimado de la condesa, á quien volvió á colocar en su butaca.

La señora de Chavigny nada respondió. Hagámosle la justicia de decir que se sentía hondamente afectada.

Saint-Maixent agitó fuertemente una campanilla, mientras que la señora de Chavigny pedía socorro á gritos. Lacayos y camareras acudieron en tropel, con una prontitud, debida, no sólo á la obediencia, sino á la curiosidad.

—La señora condesa se ha puesto mala—dijo el marqués con voz breve.—Que monten en seguida tres hombres á caballo y vayan á buscar médicos. ¡Daos prisa, á escape! ¡Veinticinco luises al primero que traiga un médico!

El cariño que inspiraba la condesa, unido al estímulo de una magnífica recompensa, produjo un resultado inmediato. En vez de tres hombres que había pedido Saint-Maixent, se precipitaron fuera de la sala siete ú ocho.

Entretanto, las camareras, dirigidas por la bella Olimpia, levantaron á la señora de Rahon, que seguía desmayada, y la llevaron á su cuarto, dejándola en su lecho.

Empleáronse todos los medios que se usan en semejantes casos para hacer cesar el desmayo. Frotaron con agua fría y vinagre las sienes de la joven, hiciéronle aspirar sales y esencias; pero todo fué inútil. La condesa no daba señales de vida.

Olimpia, al apoyar la mano sobre el corazón de su prima, creyó notar que no latía, y se alejó bruscamente del lecho con involuntario terror.

Salíó de la alcoba, y en la habitación contigua encontró á Saint-Maixent, que la aguardaba.

—¿Qué hay?—preguntó este último con viveza.

—Sigue inmóvil y helada—respondió la joven.—Su corazón no late, no respira. ¡Ah! ¿Qué hemos hecho? ¡Un susto así podía matar á la madre y al hijo! ¡Creo que está muerta!

—Pues bien—repuso el marqués, á cuyos labios asomó una diabólica sonrisa;—si ha muerto, no tenemos nada que echarnos en cara. ¿Es nuestra la culpa de que el conde, obstinándose en montar caballos indómitos, sin atender á los ruegos de su esposa, se deje derribar como un estudiante? ¿Es culpa nuestra si *Kebir* se ha aprovechado de su libertad para volver solo al

castillo, y si la condesa, acometida de una súbita congoja, baja al sepulcro? Nosotros no hemos hecho nada de esto; creedme, querida Olimpia, nuestra conciencia puede dormir en paz.

Mientras que los dos cómplices cambiaban estas horribles palabras, no lejos del lecho donde la condesa era tal vez cadáver; mientras que los criados galopaban en todas direcciones en busca de un médico, Annibal de Rahon entraba por la verja del parque cabalgando tranquilamente en *Kebir*, extrañando no ver á la condesa en el balcón, como de costumbre.

XX

Annibal se apeó, y al entrar en el vestíbulo vió correr á los criados des-pavoridos.

—¿Qué sucede?—preguntó el conde con vaga inquietud.

—Sucede, señor conde, que la señora condesa se muere... si no está muerta ya—repuso una camarera sollozando.

—¿Que la condesa se muere...! ¿Que tal vez esté muerta!—repitió el señor de Rahon, vacilando como un hombre ebrio.—Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo había de permitir Dios semejante cosa? ¡No, no! Esta mujer ha perdido el juicio.

Decía esto para tranquilizarse, pero una angustia horrible le oprimía el corazón; turbósele la vista; toda la sangre de sus venas afluyó á su cerebro. Subió á saltos la escalera y se precipitó en las habitaciones de la condesa.

Saint-Maixent y la señora de Chavigny exhalaban una exclamación de asombro al verle entrar; pero el conde no los oyó y se dirigió al lecho en que yacía el cuerpo inanimado de la condesa.

—¡Conque era verdad!—balbució, dejándose caer de rodillas.—¡Conque no existe ya la que era alma de mi alma! ¡Conque ha muerto mi esposa! ¡Ah! Dios se ha llevado al cielo un ángel demasiado perfecto para este mundo. Mas ¡ay! ¿por qué no me habrá herido á mí también? ¡Maria ha muerto, no quiero sobrevivirla!

Raudales de lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por sus desenchajadas mejillas.

Saint-Maixent le tomó la mano; pero el señor de Rahon se volvió hacia él, y con acento brusco, casi amenazador, le preguntó:

—¿Qué me queréis? Dejadme llorar en paz.

—Quiero deciros, primo mío, que esas lágrimas son prematuras—repuso el marqués.—Nada nos prueba que la condesa haya dejado de existir; por mi parte, os aseguro, bajo palabra de honor, que la creo sólo desmayada.

Annibal acogió aquel rayo de esperanza como el naufrago la tabla salvadora.

—Sí, tal vez tengáis razón—exclamó con vehemencia.—Dios es justo y bueno y no puede castigar tan cruelmente al que no lo ha merecido. Maria está viva... su corazón volverá á latir... sus ojos se abrirán y podrán mirarme... Pero ¡en nombre del cielo! ¿qué hacen los médicos? ¿Por qué no están aquí? ¿Van á dejar que la condesa se muera sin recibir auxilio de ninguna clase?

—No culpéis á nadie, primo mío—dijo Saint-Maixent.—Todo lo que se ha podido hacer, se ha hecho. Apenas ocurrió el terrible accidente, partieron hombres á caballo en todas direcciones. Dentro de pocos minutos estarán de vuelta con los médicos.

—¡Oh! ¡Si, que vengan! ¡Que se apresuren!—murmuró el conde.—Al primero que me saque del suplicio que estoy sufriendo, le daré de buena gana la mitad de mi fortuna. Pero ese terrible accidente de que habláis, ¿cuál es?—añadió al cabo de un momento.—¿Qué ha ocurrido?

—¿No lo adivináis?

—¿Y cómo lo he de adivinar! ¿No veis que no sé nada?

—Un susto repentino y el temor de una espantosa catástrofe han sido causa de que mi prima cayese sin sentido en el balcón.

—Pero ¿de qué procedía ese susto? ¿Qué catástrofe era esa?

—*Kebir*, que volvía solo, después de haberos desmontado sin duda, entró á escape por la alameda y se cayó enfrente del palacio. Vuestra esposa os ha creído muerto, y os confieso que la marquesa de Chavigny y yo hemos participado de su angustia y sus temores.

Annibal escuchaba como si le hablasen en una lengua desconocida.

Las palabras que llegaban á sus oídos no tenían para él significación alguna.

—¡Se me figura que estoy soñando!—murmuró.—*Kebir* no me ha derribado; ha vuelto conmigo, mucho más dócil que á la ida.

Saint-Maixent hizo un gesto de asombro.

—¡Yo sí que me pregunto si estoy soñando!—exclamó.—Ese caballo desbocado, furioso, terrible, que en su desenfrenada carrera se ha caído delante de nosotros, ¿será acaso un fantasma? Todos hemos conocido á *Kebir*.

Iba á mediar una explicación, cuando llegaron dos médicos.

El conde lo ovidó todo y no pensó más que en saber el fallo de vida ó muerte que iban á pronunciar.

Las primeras palabras fueron tranquilizadoras.

Ambos declararon, después de su examen, que la señora de Rahon no estaba muerta, añadiendo que, si bien su desmayo no presentaba caracteres alarmantes, importaba mucho hacerlo cesar.

Desgraciadamente, los dos Hipócrates sólo estaban de acuerdo en estos dos puntos, pues en todo lo demás se pusieron en abierta oposición.

Trabóse entre los dos doctores una contienda que amenazaba prolongarse indefinidamente, y que el conde de Rahon presenciaba lleno de impaciencia.

Felizmente, fué interrumpida por la llegada de un tercer médico, de más edad é importancia que los dos primeros.

Este logró poner de acuerdo á sus jóvenes colegas, burlándose de ambos, y adoptó un plan, que fué acertado, pues á los pocos minutos la condesa abrió los ojos y lanzó un profundo suspiro.

Continuad.